

arriba insertamos del padre Hernando de Santarén, se movió á enviar á los padres Alonso Ruiz y Andrés Tutino. Muy á los principios de su apostólico ministerio los probó Dios con todo género de incomodidades y peligros, en la sublevacion de los indios acaxeos, la mas numerosa y principal nacion de aquella serranía. La naturaleza del sitio y costumbres de sus habitantes, las oiremos de boca de un escritor respetable, que despues de haberse empleado por mas de veinte años en cultivar aquella región, selló su apostólica vida con una muerte preciosa, derramando la sangre por amor de Jesucristo. Dice, pues, así el padre Hernando de Santarén, escribiendo al padre provincial. „La provincia de Topía tomó el nombre de una tradicion fabulosa, muy semejante á la de las metamorfosis de los griegos. Dicen que una india antigua de este nombre, se convirtió en piedra, que hasta hoy ellos veneran en forma de jícara, que llaman en su idioma *topía*, de donde tomó el nombre el valle mas ancho y mas bien poblado de toda esta región. Aquí fijó su residencia Francisco de Ibarra, primer gobernador, y por la misma razon cuando el año de 1592 entró el padre Gonzalo de Tapia en esta mision, hizo el primer asiento en el valle de Topía, como en cabeza de la serranía Acaxee. Corre esta serranía de Norte á Sur del Nuevo-México hasta Guadalajara, tiene de ancho mas de cuarenta leguas, y en el medio y riñon de ellas, están poblados el dia de hoy estos acaxeos y de esta sierra, como de mas alto tienen principio muchos poderosísimos rios, que corren al Poniente y entran en el mar del Sur, y otros que corren al Oriente, y van á parar al mar del Norte, acabándose algunos como el rio de las Nasas, el de Papáztquiario y el de los Ahorcados en la laguna grande, donde está la mision que la Compañía tiene en las Parras; y como esta sierra está áspera es difícil de andar, porque tiene muchas cuestas de tres leguas y mas de subida, y llegados á la cumbre de esta comienzan otras, y así toda ella sin haber llano ninguno, si no es las cimas y alturas de los montes, donde hay algunos ojos de agua, de los cuales nacen estos rios tan poderosos, ayudándoles á sus avenidas y corrientes, las grandes nieves que hay en el invierno, por ser asperísimo estando la tierra muchas veces por un mes y mas, con dos varas de nieve que cubre y borra los caminos, de manera que no se puede andar por ellos, y cuando esta nieve se deshace, hay grandes inundaciones de los rios, regando en algunos campos vastos dos ó tres leguas de ancho, y esto no sin grande providencia de Dios, porque con esto quedan las tierras húmedas y las

provincias del mar del Sur, que no cogen maiz en tiempo de aguas, como son, Chiametla, Culiacán y Camponela; siembran por Navidad y vienen á coger por S. Juan, porque desde S. Juan hasta S. Miguel, son las aguas tan continuas, que no escapa un dia, lloviendo principalmente desde las doce del dia con grandísima fuerza dos y tres veces, con gran estruendo de rayos que caen en los pinos, de los cuales hay tanta abundancia, principalmente en las ciénegas, donde se hacen poderosísimos, que de ellos y otros árboles de que la tierra está cubierta, hay parte donde en todo el año no está el sol. Algunos de estos pinos, llevan piñas una tercia de largas, en que tienen muchos piñones, que es el sustento de grandísima muchedumbre de papagayos que vienen de ciento en ciento, y de noche se vuelven á dormir á tierra caliente, y de muchísimas ardillas de muchas diferencias, unas grandes y otras pequeñas, que se topan por los caminos cada momento, y otras mayores que se llaman causos y tienen una cola muy hermosa, y son tan grandes, como grandes gatas hay en esta tierra, muchos ojos; pero lo que mas espanta es, que hay un pajarito que se llama carpintero que hace en un pino seco diez mil agujeros, y en cada uno mete una bellota, las cuales guarda para el invierno: hay también grande abundancia de gallos y gallinas de la tierra monteses, mucho mayores que las que se crían mansas, hanlas visto los padres de Zuenzo por los caminos; tambien han dicho algunos que han visto en estas ciénegas altas de estas partes diferentes carbuncuelos de noche: dicen que son tan grandes como perritos, y que tienen en la frente una piedra de grandísimo resplandor: han ido muchas veces á quitarlas de noche, pero en sintiendo ruido, cubrieron con un capullo la piedra, de manera que no se vieron mas. Los bajos de esta sierra son tierras calientes, y así hay en ellos gran cantidad de mosquitos, gegees, rodadores y sancudos, y dánse en estos bajos todas las frutas de tierra caliente y grande abundancia de miel riquísima, mas blanca que una nieve, y otra mas espesa de las abejas grandes, de la cual los indios gozan mas abundantemente. Esta miel no se da en panales, aunque los hay tan grandes como botijas, sino en los huecos de los encinos. Es la tierra templada mas abajo de los altos de la tierra una legua, en los cuales hacen unas botijas de cera tan grandes como huevos de palomas, haciendo tantas botijuelas, cuan grande es el agujero, y para seguir las abejas y saber donde están, van siguiéndolas desde el agua donde van á beber, en lo cual hay indios muy diestros y muy rastreros, y de esta cera saben ya los indios hacer candelas para la Iglesia.



En los medios de esta tierra, que es tierra templada, porque ni es fría como la de arriba, ni caliente como la de abajo, puso nuestro Señor grandísima cantidad de minas, y así es la tierra mas rica que hay en la Nueva-España; de tal manera, que á cada paso se descubren muchas vetas y de mucha ley, y así fuera de los reales de minas que están poblados, hay despoblados, así por el alzamiento que hubo estos años pasados, como por falta de gente española, treinta reales de minas ensayadas ya de á marco, y de hay para arriba por quintal; pero como la tierra es tan corta, no se pueden sustentár si nó es que la ley de los metales sobrepuje, y así las que acá se benefician ordinariamente pasan de á marco y á diez opzas por azogue, y las que son de á seis no se benefician, y las de fundición y sebó á tres y cuatro marcos, y así lo que ménos vale en esta sierra es la plata. En esta tierra templada, que son las laderas de estas tierras, estaban poblados los indios junto algunos ojos de agua ó arroyos pequeños que bajan de los altos, y no estaban muy juntos, siqo cada uno con sus hijos, nietos y parientes en unas rancherías fundadas en unos mogotes ó picachos difíciles de subir á ellos, y la causa era por tener continuas guerras entre sí, aunque eran de una misma nación y lengua, hasta venirse á comer unos á otros. La causa de estas guerras era no tener principal ni persona á quien reconociesen, y que les hiciese deshacer sus agravios, y así cuando uno era agraviado de su vecino, aunque fuese en poca cosa, recogía sus parientes é iba á la casa del que le agravió, y por su propia mano en su persona y hacienda, tomaba venganza, y el que recibía aquel agravio, tornaba á recoger sus parientes é iba á desagraviarse, y así andaban en continuas guerras, á las cuales iban con todas las riquezas que tenían en sus casas de tilmas, chalchihuites, orejeras y plumerías, arcos y flechas en carcaxes de pellejos de leones, de que hay gran copia en esta tierra, lanzas de brasil colorado, de que hay mucha abundancia en los bajos, una cola hecha de gamusas teñidas negras y sacadas unas tiras largas que salen de un espejo redondo, puesto en una rodaja de palo tan grande como un plato pequeño, y esa asentada en el fin del espinaso, baja la cola hasta las corbas en un cordel con que van ceñidos: llevan atravesada como daga una macana, las tilmas llevan cruzadas por el pecho, y las caras, piernas y brazos, envijados con metales amarillos, otros de negro del olin del cómal, y ceniza, y suchimales que guarnecidos de plumerías, los cuales són como las vaseras de vidrios y cálices, con los cuales se revuelven y adargan

carcaxes para la guerra

metiendo todo el cuerpo debajo de ellos: en la mano izquierda está el arco y lanza, y con la derecha flechan, hasta el punto que ha caído alguno de los enemigos, que entónces con una hachuela que llevan también para esto, al momento le cortan la cabeza con grande presteza, la que traen por triunfo cuando no pueden traer lo demas del cuerpo, con la cual en las manos hacen grandes mitotes: en volviendo á sus tierras, si traen algun cuerpo, media legua ántes de llegar al pueblo, para que las mugeres que ayunaban miéntras iban á la guerra, y las demas que están en el pueblo, le salgan á recibir, ellos esperan en un puesto que para esto tienen señalado, donde hay muchas piedras hechas á manera de canal larga, de mas de cuatro pies y cubierta como albañal, por las cuales van metiendo los cuerpos que traen, y dan á las mugeres las manos para que las lleven colgadas al cuello como nóminas. Llegados al pueblo, donde están las casas de terrado muy bien techadas, con una puerta pequeña, aun no de una vara en alto redonda, en el patio de la casa tienen un árbol de zapote, al pie del cual dejaron alguna flecha ó algun hueso de muerto colgado en ofrenda, para que su ídolo les diese victoria. Hay allí junto una piedra llana á donde dejan la carne miéntras se adereza donde se ha de cocer: luego sin quebrarle el hueso sino por las coyunturas despedazan el cuerpo y échanlo en dos ollas, y dos viejos, que para esto están señalados, toda la noche les dan fuego miéntras el resto del pueblo y los circunvecinos, que para ello se han juntado, están bailando y cantando las victorias de sus enemigos, con la cabeza del difunto en las manos. A la mañana revuelven las ollas y sacan los huesos mondos, dejando solamente la carne como atole, y estos huesos guardan en las casas fuertes colgados, parte con la cabeza. Otras veces encajan las calaveras en las paredes cercanas á las puertas de las casas fuertes. Guardan estos huesos en memoria de sus triunfos, y así cuando han de ir otra vez á la guerra, los viejos animan á los mozos diciendo, que miren aquellas victorias que ellos alcanzaron, y que se acuerden de algun pariente suyo que le mataron sus enemigos, y que entiendan que así tienen allá sus huesos: que procuren vengarlo y volver por su sangre y parientes. A la carne que queda en la olla, suelen echar frijoles y maiz cocido, y luego se va repartiendo por todos los que se han hallado en el baile, echando á cada uno su parte en un cajete. Al primero á quien dan de esta olla y del vino que tienen hecho, es al dios que ellos adoran, y al que mató aquel enemigo que quiere comer, al cual en el mismo mitote le

Tom. I.

52



hacen un agujero en el labio de abajo en medio de la barba que le pasa todo el labio, y llega hasta las encias, por donde le meten un hueso que tiene un boton á dentro, y sale como tres dedos del labio, y este trae toda la vida en señal de valiente, y si ha muerto dos, le hacen dos agujeros, y si tres, tres; y yo he visto indios que tenian tres: luego dan á las personas que ayunaron para la victoria.

Los ayunos de estos son muy rigurosos, pues todo el tiempo que dura el ir á la guerra, ó que dura la necesidad, porque áinas no pueden comer cosa que tenga sal, ni tocarse una persona á otra, ni hacer nada, y guardan esto con tanta puntualidad que no ha un mes que teniendo noticia el padre de los que andan en esta sierra, que una india estaba enferma, fué á su casa para ver si tenia necesidad de confesarse: hallóla entre unos zacates, apartada un tiro de arcabuz de su casa, y habiéndola enviado á llamar con tres ó cuatro indios, y viendo que no se bullia de un lugar, preguntó qué hacia, y respondiéronle que estaba ayunando, y que estaba allí apartada por no tener ocasion de ver ni comunicar á nadie miéntras duraba el ayuno. Fuese el padre para ella, y cuando la india le vió venir, se levantó como un gamo, y alzando los gritos, que los ponía en el cielo, comenzó á huir por entre aquellos matorrales con tanta ligereza, como lo pudiera hacer un hombre, por no quebrantar el ayuno con hablar al padre. Solo pueden comer un poco de maiz tostado ó pinole que beben con una como calabacilla que traen colgada de la cinta en señal de que ayunan. Estos ayunos no solamente los hacen por las guerras, sino tambien si acaso han visto algun xixime, que son sus enemigos con quien tienen ya la guerra trabada y publicada, y donde quiera que se topan se matan, sino tambien cuando han de sembrar y cuando han de coger, y cuando hay borrachera y cuando hay pesquería, que á todas estas cosas ayunan, porque así se lo tenia mandado el demonio, con quien tenian grande comunicacion, y así se les aparecia de noche muy ordinariamente en los campos, á quien ellos tenian diversos modos de adorar, y así tenian diferentes ídolos á quien llamaban Tesaba, y el demonio les habia dicho que él se llamaba *Neyuncame*, que quiere decir el que todo lo hace; y teniales de tal manera engañados, que si habian de sembrar, tenian un dios que les guardase las sementeras, y este en figura de conejo ó venado, rogándole que los conejos y venados no les echasen á perder las sementeras y sembrados. En una parte tenian dos cuernos de venado, que algunos dicen que era de venado marino que hay allí; otros que de unos

venados que hay en el Nuevo-México, ó Síbola, por ser tan grandes que de vaca nunca se han visto, porque son tan gordos como el brazo, y de alto vara y media, y tenian seis ganchos: de estos el uno se quemó y el otro está guardado en el real de Topía: á estos pedian que los guardasen en la casa cuando se habian de coger las sementeras. Primero iban á cazar y cogian quince ó veinte venados, y de ellos hacian muchos tamales, y hasta entónces no comian del maiz nuevo. Para las guerras tenian un navajon grande de pedernal para que los pedernales de sus flechas no les saltasen. Para las cazas tenian en alguna parte alguna águila muerta de muchos años, porque en estas sierras altas hay algunas reales y esta adoraban y á las pescas. Tenian otros de diferentes figuras para las borracheras y comidas: tenian una figura de hombre con su cara, boca, narices y ojos, y algunos hombres señalados, y de otros solo las cabezas, y esto en tanta abundancia, que plantando en ellos la fé católica, hemos quemado mas de quinientos ídolos. Las guardias de estos son grandísimos hechiceros, á quienes temen los demas indios porque no los hechicen estos tales, porque tienen pacto con el demonio ó porque lo fingen ellos. Con la boca curan chupando y soplando, y dicen que sacan la enfermedad, para lo cual, llevan en la boca alguna cinta, hueso ó palo pequeño, y cuando chupan al enfermo, dicen que le sacaron aquello que sacan de la boca. Uno de estos, habiéndome entregado el ídolo y quemádole, gastó despues toda la noche tocando un tambor, y preguntándole á la mañana por qué lo habia hecho, me respondió que se habia aparecido aquella noche el ídolo, el cual llorando le habia dicho que por qué lo habia entregado al padre, que qué le habia hecho, y que mirase y se acordase cuántos años habia que le tenia, y que nunca le habia faltado maiz y comida, y por qué lo habia entregado al padre para que le quemase; empero que su corazon no le podia quemar, y así, se iba donde está su padre *Agua-piguge*, y que para consolar á este ídolo le habia tocado toda aquella noche el tambor. La figura de este ídolo era la cabeza de un hombre bien hecha, con un cucurucho como de capilla de un fraile capuchino; y preguntándole á este hechicero, quien le habia dado aquel ídolo, respondió, que estando una noche solo en el monte le oyó llorar, y yendo ácia donde lo habia oido, no vió nada, y luego lo llamó por su nombre, y llegándose mas cerca, habia topado aquella cabeza y que la habia guardado muchos años habia. Estos hechiceros fingen que dan el agua, y así los demas les son tributarios, principalmente cuando por



falta de agua se van secando las sementeras, y entónces llevan el ídolo que tienen para pedir agua y le ponen en el río de pies, y si dentro de veinticuatro horas no les da agua, le sacan y arrojan, y toman otros. Estos ídolos son algunas piedras que naturalmente tienen algunas facciones ó particular figura.

Tienen estos ídolos unos altares muy fijos, hechos de figura circular, comenzando con un círculo muy pequeño, de compas de dos palmos, y sube una vara en alto, hecho de piedras llanas con barro, y luego otro mayor que cerca aquel del mismo altar, y luego otro y otro hasta que viene á ser un compas de dos varas. En este altar tenían los ídolos y ofrecían las ofrendas, y cuando no había otra cosa, ofrecían y ofrecen todavía una hoja de árbol puesta una piedrecita encima; otras veces un manojo de zacate, y encima la piedra para que no se vaya. En las juntas de los caminos suelen tener un monton de piedra, en el cual ponen un manojito de zacate y una piedra encima para no cansarse en el camino.

En estas tinieblas y errores tenia el demonio engañadas mas de cinco mil personas, que son las que ahora tenemos á nuestro cargo en cuatro misiones, todas de una lengua, y fuera de estos ácia la parte del Norte, donde se llama *Vaimoa*, hay mas de otras tres mil, las cuales habiendo visto la paz con que viven nuestros cristianos apartados de las guerras, idolatrías y borracheras, y como se han congregado en buenos puestos acomodados para su comida é iglesias á las orillas de estos poderosos rios, claman y piden que váyamos á hacerlos cristianos. Fuera de estos mas ácia al Norte, hay mucha gente mezclada con los tepehuanes, y en estas partes hay muchas y riquísimas minas, las cuales han de ser parte para que poblando los españoles aseguren la tierra y puedan con mas facilidad ser doctrinados. Este año pasado entré allá cuasi solo, y en un solo pueblo me hallé con mas de cuatrocientas personas. Fuera de estos, á la parte del Sur, hay mucha gente que se llaman los de *Guapiguge*, los de *Jocotilma*, los de la Campaña grande, de donde tambien han traído riquísimos metales, á cuatro marcos por azogue. Estos tienen perpetua guerra con nuestros cristianos, aunque no con los españoles, como lo significaron estos dias pasados, diciendo al gobernador que habian de ser nuestros amigos, pero no de los indios, porque á estos tenían por sustancia, y vacas para comer, que así les llaman diciendo que el español esconde el dinero, el indio la vaca y los negros el tocino, lo cual experimentaron por nuestros pasa-

dos en la guerra, de que adelante haré mención, pues de todo género de gente hubieron á las manos.

Comunmente andan todos desnudos; tienen unos cordeles delgados con que andan ceñidos por la cintura, del cual cuelgan algunas borlillas ó cordeles de flecos como de un gême de largo y cuatro ó seis dedos de ancho, con que se cubren por delante; todo lo demás andan desnudos. Algunos se cubren con una tilma de algodón ó pita de que tienen grande abundancia, la cual sacan las indias de las pencas del magney despues de hecho el vino, y mascando con la boca cada penca por sí, la dejan tan blanca casi como de algodón; despues las laban y hacen las tilmas, que entre ellos son de poca estima, porque por cuatro panes de sal dan una, la cual por estar muy apartada de la mar es muy estimada; y así en ningun manjar echan sal, sino muerden un poquito de sal y con la boca salada van comiendo los quelites, frijoles y calabazas que es su ordinaria comida. Para comer les sirve de silla la planta del pié derecho sobre la cual se sientan volviendo el empeine al suelo, y así comunmente tienen los empeines llenos de callos: las cabelleras crían y guardan con grande estima; tráenlas trensadas con fajas y cintas blancas, hechas de algodón. Tambien traen tilmas azules teñidas con añil, de que hay mucho por acá, y despues que entraron los españoles, de los pellejos de los carneros que se matan hacen tilmas blancas y pintadas, deshaciendo para ello las medias de punto azules, coloradas y amarillas que compran de las tiendas. Traen al cuello grandes sargas de caracoles blancos, y de coscates de algunos marinos, y los mismos en las muñecas de los brazos. Agujéranse desde niños las ternillas de las narices, y de allí cuelgan un cordoncito con una piedra verde que acá llaman *chalchivite*. Traen en las orejas muchos sarcillos negros y dentro de cada sarcillo una cuenta blanca, y otros traen unos arillos de plata y otros de cobre tan grandes como manillas, y en grandísima afrenta entran ellos cuando alguna vez, estando borrachos, le desgarran las orejas. Algunos en las piernas traen unas ligas de las garras de los venados que han muerto, y lo mismo en las gargantas de los piés, las cuales ordinariamente traen ceñidas, principalmente porque dicen que para subir estas cuestras les ayudan mucho, y cuando se cansan en semejantes cuestras, con un arco pequeño y una flecha muy aguda se pican las piernas, saliendo de cada picadura tanta sangre, que corre hasta el suelo; lo mismo hacen junto á las sienes y frente para sangrarse de la cabeza cuando les duele. Siempre que caminan lle-



van las mugeres la carga en un cacastle de hechura de un huacal, sino que es angosto de abajo y ancho de arriba, tan ancho, que cabe una anega de maiz desgranado, y la lleva una india con gran facilidad cuesta abajo y cuesta arriba con un mecapale en la cabeza. En estos cacastles lleva la muger la comida, que es maiz gordo y blando, que una mazorca entera se asa con un palillo como quien asa una gallina, y está tan tierna que se come muy bien. Llevan encima de la comida los comales, que son los platos, y escudillas, cucharas con que comen y beben; y si tienen algun niño, con una tilma revuelto va allí durmiendo, y muchas veces van dos. A los bordos del cacastle, llevan los papagayos y guacamayas, porque son muy curiosos en criarlas, y pélanlos á menudo para adornarse con las plumas. De este cacastle van colgadas las patillas de los venados que ha muerto el marido ensartadas en unos canutos de caña y los huesesillos de los piés de los venados que van haciendo un ruido como de cascabeles, y de esta manera marido y muger van de una parte á otra todo el hato á cuestras, y si tienen algun hijo de dos ó tres años, este carga el marido puesto en una tilma á las espaldas cruzada por el pecho y vuelta á atar á las espaldas. La comida en los caminos y en las guerras es ordinariamente un poco de maiz tostado; y así cuando venian á pelear con los españoles, como traian mucho, y cuando lo sacaban para comer, lo derramaban, venian grandes manadas de cuervos tras ellos, y así los españoles en viendo de léjos los cuervos se preparaban para la guerra porque sabian que allí venian los indios. Es una gente mediana de cuerpo, bien agestada, y los que han estado en tierra mas fria son tan blancos que parecen mestizos. Es gente bien proporcionada, de miembros muy ligeros, no se rayan los rostros si no son los de la provincia de Baimoa. Son muy fáciles, alegres, risueños, y que conversan con los padres y españoles con mucha afabilidad y risa. No son huraños, ni esquivos, ni melancólicos, ni retirados, ni temerosos, ni encogidos, sino largos y atrevidos. De lo que tienen son liberales, y reparten largamente no solo con los suyos y parientes, sino con los estraños y de otras tierras, partiendo con ellos de sus cosas sin ningun interés; y así á la mañana las mugeres hacen una olla de pinole, que es una bebida de que ellos usan mucho, y esta está á la puerta de la casa y beben de ella todos los yentes y venientes sin que nadie los convide á ello, sino en llegando aunque sean de otro pueblo estraño, se sientan junto á la olla y beben de ella, y cuando los padres van de un pueblo á otro y ellos tienen co-

mida acuden con muchos tamales y ollas de pinole y frijoles, y calabazas cocidas, para la gente que del otro pueblo vino con el padre; y algunas veces es en tanta abundancia, que despues el padre se lo reparte á ellos mismos, y nunca jamás que el padre llega al pueblo dejan de ofrecerle alguna cosa, ó que tecomates de miel, ó que frijoles, ó que pepitas de calabazas de que hay muchas, así de verano como de invierno de estraña grandeza, y con ser muy grandes son de mas estima por ser muy útiles.

Es gente de buen entendimiento, como se echa de ver en algunas razones que traen, porque el padre los bautice, y facilidad con que aprenden las oraciones en su lengua, pues muchos de ellos en un dia natural han aprendido el Pater noster, Ave María y catecismo, y lo han enseñado luego públicamente en la Iglesia á los demás. Tienen grandísimo teson en lo que comienzan, y así algunos catecúmenos están desde la mañana hasta la noche aprendiendo, sin acordarse de ir á comer, y esto se vió tambien en el teson que tuvieron estos años pasados en la guerra contra los españoles, contra los cuales solo cincuenta indios que se habian rebelado fueron amotinando mas de cinco mil personas, despues de haber muerto cinco españoles en su tierra. Destruyeron tres reales de minas, abrasando los ingenios y matando los españoles de ellos, y en otro se halló un padre de la Compañía que fué el padre Alonso Ruiz, que tenia á su cargo aquellos indios, y los demás estaban mal heridos y muy desmayados por verse cercados de mas de ochocientos indios que por todas partes los flechaban. Salió el padre con un Santo Cristo en las manos delante de todos, animando á los españoles, y fué cosa maravillosa que tirándole muchas flechas no le acertó ninguna. Acabado esto, en medio del furor de la batalla, se puso á decir misa y comulgó á los españoles, preparándose todos para morir por Dios nuestro Señor, el cual les puso en los corazones que por entónces dejasen la batalla, y quince dias despues les vinieron á cercar y flechar; pero no con tanta fuerza como el primero, hasta que entró el teniente de gobernador con setenta hombres de socorro, con lo cual se reprimieron de lo que es venir al real, retirándose á los peñoles, quemando mas de cuarenta iglesias donde solian recogerse á la doctrina. A estos picachos fuí yo mas de cuatro veces con veinte soldados á llamarlos de paz por orden del gobernador, y yendo un dia, diez leguas la tierra dentro los topé que estaban matando una récua, y los arrieros de ella mataron dos indios y un negro, y flecharon un español de dos, que quiso



librarme Dios milagrosamente porque los indios me conocieron y mandaron á los demás que se apartasen del camino. Yo les hablé y llamé, aunque por entónces no quisieron obedecerme, diciendo en su lengua: ya no somos tus hijos. Con todo eso quiso nuestro Señor, que enviándolos á llamar con una bandera blanca puesta en una cruz vinieron para el día que me señalaron; yo salí á recibirlos al puesto que ellos me dijeron, con soldados, y vinieron á mi llamamiento once pueblos, con los cuales, y mucha alegría del gobernador y del obispo, entré en el real de Topía, y dieron la obediencia al gobernador, y desde entónces nunca estos han faltado á la paz que prometieron, aunque otros de la misma lengua, que se llaman *sabaitos*, engañados por un demonio de un hechicero, que decia ser obispo y que era Dios Padre, haciendo á otros indios Santiago y S. Juan, bautizando á los indios y descasándolos de las mugeres con quienes estaban casados, se retiraron á un peñol despues de haber dado la obediencia al rey, á los cuales, enviándolos yo á llamar muchas veces, por dos meses enteros me respondieron que fuese yo en persona allá, y así fuí con cuatro soldados y con mucho riesgo de la vida; pero quiso Dios que bajaron siete pueblos, los cuales han estado y están con mucha paz y quietud, aunque fueron maltratados de sus comarcanos, á quienes tenian hecho pacto de no rendirse á los españoles, y por haber quebrantado el dicho juramento les quemaron las Iglesias y mataron algunas personas de los que se habian hecho nuestros amigos; pero con la muerte del falso obispo y del que se decia ser Santiago, á quienes yo ayudé á bien morir, se han aquietado mucho y desengañado de los embustes y mentiras con que aquel falso obispo les habia amenazado, cuya confesion hecha delante del gobernador tiene ocho hojas, y la enviaré á V. R. algun dia con las oraciones que él inventó y la doctrina que él enseñaba.

Pero lo que mas muestra su testa y determinaciones, es la que tuvieron en la guerra, juramentándose de morir, y no dejar la justa hasta acabar con los españoles, y lo hicieran si no pudiera mas con ellos el buen término del gobernador; porque habiendo los soldados hecho una pesca de mugeres se las tornó á enviar el gobernador, y esto no las viejas á quienes ellos estiman en muy poco, y así nadie se quiere casar con ellas, y los que las tienen las desechan, y viendo cuales habia enviado, las mugeres dijeron: nosotros habiamos hecho este concierto de no desistir de la batalla hasta morir ó vencer; pero pues nos han enviado nuestras mugeres, obligacion tenemos de dar la paz á los españo-

les aunque nos ahorquen, en lo cual se echa de ver un buen entendimiento y razon, como lo descubre mas un dicho de uno de ellos en ocasion que suponiendo que no habian de escapar ni dejar á vida español ninguno, y preguntando si matarian tambien al padre y respondiendole algunos que no, pues no les habia hecho ninguna mala obra, dijo otro que si no lo mataban, él solo podia obligarlos á dar la paz, y que así se determinasen á matarle porque no quedase en esta ocasion.

Es gente belicosa y de buenos ardidés de guerra, como se vió en este alzamiento, haciendo las lumbres de una parte para que los españoles fuesen á ella, y saliéndoles en el camino en una emboscada y mal paso á matarlos, como salieron siete indios cuando venia el obispo con uno de nuestros padres, trayendo cuarenta soldados y mas de cien indios amigos, se determinaron á dar en ellos una noche, como despues me lo dijeron ellos mismos. Por otra parte, son tan amigos de los españoles, y de tan buenos naturales y compasivos, que habiendo herido un indio á un español porque le topó dentro de su casa, despues le curó y regaló hasta que estuvo bueno, y hasta entónces no le dejó salir de su casa. Su facilidad se les echa de ver en que solamente por mi persuacion dejaron sus puestos antiguos y se bajaron á las orillas de los rios, en los puestos que les señalamos y les eran mas á propósito, porque en los rios tienen mucha abundancia de pescados, de truchas riquisimas, vagres, matalotes y mojaras, y de esto cogen gran cantidad echando *brabasco* que son unas hojas de unos árboles machacadas y molidas, de lo cual, bebiendo el pescado se emborracha y muere, y abajo tienen atajado el rio con unas nasas á donde el pescado queda sobre aguado hasta que los que ayudan á la pesca dan licencia para coger algunas pescas; hay tan buenas que se han cogido cuarenta arrobas de truchas; pero á comparacion de las pescas que se hacen en las bocas de los rios, tres leguas del mar del Sur, es poco esto, porque de una vez que se ataja el rio se cojen tres mil arrobas de lisas y robalos que salen por Navidad del mar del Sur, á desovar en las corrientes de los rios, y cuando vuelven se hallan atajados.

Lo primero que en sus poblaciones hacen es el vatey, que es una plazuela muy llana y con unas paredes á los lados de una vara en alto á modo de poyo, el cual sirve para jugar á la pelota como ajongo de Castilla, que pesa dos ó tres libras porque es tan grande como la cabeza, y hácese de la leche que destilan unos árboles, esta se juega de cinco en cinco, y mas por banda, como se conciertan, y juéganla con tanta



destreza, que no la tocan con pie ni mano, ni parte alguna del cuerpo, si no es con el hombro derecho y con el cuadril de los cogines naturales, para lo cual es menester muchas veces saltar muy alto, y otras arrojarse en el suelo, dando grandísimas caídas, y en tocando la pelota con cualquier otra parte del cuerpo, es pérdida, y lo que pierden es grandísimas apuestas que hacen de los vestidos, calzones, turquesas, tilmas, arcos, flechas, plata y algunas veces se suelen desafiar unos pueblos contra otros, escogiendo los mejores jugadores, y poniendo mas de quinientos pesos de apuesta. Suelen estos desafíos generales ser muy de ver, porque el pueblo que desafía escoge seis ó siete jugadores, los mejores, y previéndolos para el desafío; luego recogen las cosas que se han de jugar y envían sus legados y mensajeros cargados con ellas á tres ó cuatro pueblos, desafiándolos y señalando el dia del juego: los pueblos tienen obligacion de admitir el desafío, y entregan á los mensajeros las prendas que de su parte ponen, las cuales las vuelven á su pueblo y avisan cómo queda el desafío hecho y señalado el dia. Luego los del pueblo que desafió aderezan el vatey, de modo que no le dejen una china: esto hecho tres noches ántes del desafío, bailan todos los hombres y mugeres del pueblo en el vatey; de esta manera la primera noche salen dos indios dispuestos y aderezados, á manera de guerra, cada uno encima de las paredes del vatey, desde allí dan unas grandes voces, y luego salen solos los viejos y mozos que estaban escondidos en una enramada, y vándose con gran silencio hasta el medio del vatey, y puestos allí comienzan á cantar á grandes voces, y estas oídas, salen las mugeres de la misma manera, y estando juntos todos, están bailando tres horas, cantando todos los títulos y razones que tienen para alegrarse. La noche siguiente hacen lo mismo, y las letras que cantan son en alabanza de sus jugadores, celebrándolos y engrandeciendo su ánimo y ligereza, y de esta manera gastan otras tres horas del dia. El siguiente se ocupan las mugeres en hacer una gran comida para el dia siguiente, que es el desafío, por si los pueblos que vienen desafiados pierden, y hácnles el banquete, y dánles de comer; pero si ganan no les dan bocado, y hacen comer á los suyos que han perdido, consolándose con esto. La noche última y víspera del dia señalado, salen á bailar como las dos pasadas, y están obligados los que han de jugar el dia siguiente, á hallarse allí desde que anochece hasta que amanece sin cesar de cantar y bailar: esta noche cantan la fortaleza de los enemigos, sus ardidés y gracia en jugar, animando á los suyos y exhortándolos

para el desafío. Llegado el dia, si el padre está en el pueblo, tienen respeto que se acabe la misa para hacer la entrada; pero si no, comienzan luego por la mañana, y la entrada es de esta manera: salen los dos soldados como las noches pasadas, desnudos y envijados, y con lanza y adarga, y puestos sobre las paredes entran como ántes los hombres á bailar, y luego las mugeres, y estando todos juntos, entran por un lado de la plaza los pueblos desafiados, todos aderezados como se aderezan para pelear: éstos comienzan á flechar con flechas despuntadas á los dos que están en las paredes, tirándoles con bolas de hortigas, cardones y espinas, de que han de procurar defenderse, porque como están desnudos, podian pasarlo mal si no se arrodelasen bien; pero como los enemigos son muchos, vánles desamparando la plaza y retirándose ellos y los que estaban danzando, salidos de la plaza y ganada por los enemigos, entran de nuevo en favor de los que se van retirando. Los que están en el pueblo, para jugar estos, entran con grande algazara y ruido, y van retirando á los enemigos hasta echarlos fuera de la plaza: salidos éstos, entran los que traen en su favor señalados para jugar, los cuales en entrando echan la pelota en la plaza, y cada uno se pone en su puesto sin reparar en la ventaja del número de personas, porque las seis ó siete del pueblo, están obligadas á jugar contra todos los que salieren de la otra parte, aunque sean tres y cuatro, doblado el número. Cuando no tienen algunos que jugar, juegan las pestañas de los ojos, de tres en tres y de cuatro en cuatro los pelos que se les arrancan hasta dejar á uno sin ninguno. Otras veces juegan á pasar por dentro de los ojos abiertos un chile (que es pimienta de las indias) sin cerrar los ojos, con ser el corazon del chile acaxee tan bravo, que en toda la Nueva-España no hay otro que le llegue: pásanles tres ó cuatro veces, conforme á la apuesta, y el paciente queda por gran rato llorando hasta volver á vengarse, si puede. También tienen entre las mugeres otro propio entretenimiento, que es el juego del patolé, que son cuatro cañas abiertas, y segun caen, dando con ellas en una piedra, así van contando las rayas en unas piedras que tienen puestas en ringlera con dos puertas que han de salvar con el número que salen sin caer en ellas, que llaman ellos quemaderos, porque si caen en ellas comienzan á contar de nuevo: pongo por ejemplo, fáltanme dos para llegar á la puerta: si caen tres, salvo la puerta, y si caen dos, caigo en ella, y así vuelvo al principio.”

Por este mismo tiempo acabó gloriosamente sus dias en la misión Muerte del